
TRADUCCIONES POPULARES

DE LA BIBLIA

*Pedro Ortiz Valdivieso, S.J.**

La Iglesia, a lo largo de los siglos, ha mirado la Biblia como un libro de valor único y especial: como "Palabra de Dios". No porque piense que haya aparecido en la tierra de manera milagrosa, sin causalidad humana, sino porque cree que los hombres que escribieron esos libros a través de los muchos siglos que duró su composición lo hicieron bajo la acción del Espíritu actuante en la historia humana de modo especial.

Por esa razón cree que esa Palabra no fue escrita solamente para las personas del tiempo en que los libros fueron redactados sino para los de todos los tiempos. Esto, desde luego, vale de una manera especial para el Nuevo Testamento. El anuncio de Jesús, el Mesías, el Hijo de Dios, el Salvador, no estaba destinado solamente para las generaciones del siglo I, sino para todos los siglos. Para todos vale el mismo mensaje: "la salvación no está en ningún otro" (Hech 4,12). Pero también el Antiguo Testamento conser-

va su actualidad para la Iglesia; no en igual medida que el anuncio de Cristo, pero sí como etapa preparatoria del anuncio evangélico.

Sin necesidad de hacer del cristianismo una religión centrada en un libro, la Iglesia ve en la Escritura una norma permanente en la que siempre busca luz, orientación, estímulo y fuerza, en una palabra, un signo eficaz de la presencia viva de Dios en medio de su pueblo.

Si la Biblia es Palabra de Dios dirigida a todos los hombres y mujeres de hoy, nos podemos preguntar: ¿llega esa Palabra directamente a ellos? ¿puede ser captada sin más intermediarios? Difícilmente. Recordemos que la Biblia, en primer lugar, está escrita en lenguas que hoy día relativamente pocas personas pueden hablar: el hebreo: el amareo y el griego. Incluso las personas que actualmente hablan hebreo o griego lo hablan de manera considerablemente diferente de como los ha-

* Doctor en Sagrada Escritura, Pontificio Instituto Bíblico. Profesor de Sagrada Escritura en la Facultad de Teología, Universidad Javeriana.

blaban o escribían los autores de los libros de la Biblia.

Ante esta dificultad hay dos posibles soluciones. La primera es aprender esas lenguas hasta llegar a leer y entender los textos originales. Es una tarea posible y en realidad indispensable. Sin embargo, tal cosa no puede pedirse a un número muy grande de personas. Desafortunadamente, aun en los países con larga tradición de cultivar intensivamente los estudios humanísticos, el aprendizaje de las lenguas clásicas va quedando cada vez más limitado a un grupo muy pequeño. Y aunque el aprender el hebreo y el griego bíblico no es cosa mucho más difícil que el aprender otras lenguas, faltan, sobre todo en nuestros países, los alicientes y los medios pedagógicos.

Para la mayor parte de la gente queda, como única solución realmente práctica, una segunda: el uso de traducciones.

Las traducciones de la Biblia se hicieron desde tiempos muy antiguos. Los judíos de habla griega ya antes de la era cristiana habían traducido los libros del Antiguo Testamento a su lengua común, el griego helenístico. Y los judíos que ya no hablaban el hebreo sino el arameo también hicieron sus traducciones (a veces bastante libres y amplificadas) al arameo (los llamados targum). Igualmente los cristianos. Ya en los primeros siglos del cristianismo aparecieron las traducciones latinas, siríacas, coptas, etc. Algunos de esos traductores se hicieron famosos: Aquila, Símaco, Teodoción, San Jerónimo. . . Otros, la mayoría, quedaron en el anonimato. Y otro tanto se ha hecho en los tiempos modernos. No hay para qué mencionar todas las innumerables traducciones de la Biblia que se han hecho a las lenguas modernas.

Las traducciones en la antigüedad las hacían probablemente personas que de manera práctica habían aprendido ambas lenguas, sobre todo cuando las lenguas originales eran aún lenguas vivas. Sin duda que también utilizaban en muchos casos las traducciones ya existentes a otras lenguas. San Jerónimo, por ejemplo, para su traducción latina se ayudó no solo de sus conocimientos de la lengua hebrea sino también de las traducciones griegas y latinas ya existentes. En los tiempos modernos, el traductor dispone de una cantidad muy apreciable de ayudas tales como diccionarios, gramáticas, estudios lingüísticos y exegéticos, además de innumerables traducciones anteriores.

En castellano existen numerosas traducciones de la Biblia. Para no mencionar sino las traducciones de la Biblia completa (al menos según el canon hebreo del Antiguo Testamento), recordemos las siguientes:

- C. de Reina (Ginebra 1569)
- Reina — Valera (revisión de la anterior) (Amsterdam 1602)
- F. Scío de San Miguel (Valencia 1790-3)
- J.M. Petisco — Torres Amat (Madrid 1823-5)
- Galbán Rivera (México 1831-3)
- Jünemann (Chile 1928)
- H.B. Pratt (Colombia, México)
- E. Nácar — A. Colunga (Madrid 1944)
- J.M. Bover — F. Cantera (Madrid 1947)
- J. Straubinger (Buenos Aires 1948-51)
- F. Puzo y otros, (Barcelona 1961-2)
- Editorial Regina (Barcelona 1966)
- "Biblia de Jerusalén" (Bilbao 1967)
- Casa de la Biblia (Madrid 1967)
- Profesores de la Compañía de Jesús. Texto y comentario (Madrid 1961-71)
- La Biblia. Latinoamérica (Concepción, Chile 1972)

Nueva Biblia Española (Madrid 1975)
F. Cantera — M. Iglesias (Madrid 1975)
Nueva Biblia Española. Edición latinoamericana (Madrid 1976)
La Antigua Alianza. La Nueva Alianza (Buenos Aires 1968 ss; en publicación)
"Dios habla hoy" (Sociedades Bíblicas Unidas; de próxima aparición).

Como se ve, la mayor parte de estas traducciones han sido hechas en España, y sólo unas pocas en Hispanoamérica. La mayor parte de ellas están hechas sobre los textos originales, pero algunas de las traducciones católicas antiguas (Scío de San Miguel, Petisco-Torres Amat) fueron hechas del texto latino de la Vulgata.

No es mi intento hacer un análisis de estas traducciones en particular. Trataré simplemente de hacer algunos comentarios generales sobre lo que se debe esperar de toda traducción y luego sobre un tipo especial de traducción que no ha sido el más usual hasta ahora: las traducciones "populares".

QUE ES TRADUCIR

Creo que es bueno comenzar por hacer algunas consideraciones sencillas sobre lo que es traducir.

Toda traducción es una sustitución de un mensaje por otro distinto pero equivalente. Aunque esto podría aplicarse a varios campos y modos de sustitución, nos limitaremos aquí a los mensajes hablados o escritos y a la trasposición de una lengua a otra. En el caso de la traducción de la Biblia nos interesa un mensaje escrito, un texto, y su sustitución por otro mensaje escrito que debe ser equivalente a aquel pero en otra lengua.

Todo mensaje supone una fuente emisora (el autor o los autores) y un sujeto o sujetos receptores o destinatarios. En la comunicación directa, hablada, hay muchos elementos que ayudan a que el mensaje pueda ser captado correctamente: la situación histórica y cultural concreta que puede ser común al que habla y a sus oyentes, la posibilidad de acompañar el mensaje lingüístico con otros signos (tono de la voz, gestos, ademanes. . .), la posibilidad de diálogo, preguntas y respuestas, objeciones y aclaraciones, etc. En el caso del mensaje escrito, el autor queda oculto detrás de su texto. El lector no tiene otra posibilidad que confrontarse con el texto escrito. Esto a su vez tiene una ventaja: el texto escrito es más permanente y puede ser estudiado con detención, para poder captarlo mejor.

Lo esencial, pues, de la traducción es la sustitución del texto original por otro que será distinto, puesto que estará escrito en otra lengua diferente de la original, pero que sin embargo debe ser equivalente. No se trata simplemente de crear un nuevo texto en lugar del primero, un texto que lo suplante, sino de crear un texto que sea equivalente. Naturalmente habrá que precisar más qué quiere decir eso de "equivalente", pues hay muchos tipos de equivalencia.

Pero para poder saber si el nuevo texto es equivalente al original, es necesario saber qué era lo que el texto pretendía comunicar, y hay que saber si el nuevo texto comunica lo mismo a sus nuevos receptores. Así resulta que la traducción puede enfocarse desde tres ángulos: 1. Desde el texto original; 2. Desde el proceso de trasposición o sustitución; 3. Desde el punto de vista de los receptores.

Veamos algunos aspectos más importantes de cada uno de estos capítulos.

1. La traducción desde el punto de vista del texto original.

La traducción de la Biblia es la traducción de un texto escrito que tiene varias características.

A. Es un texto que no se conserva en su estado original, en su forma autógrafa, sino en copias transmitidas en un proceso largo. Es obvio que el traductor difícilmente podrá hacer por sí mismo todo el trabajo de reconstrucción del texto a partir de los manuscritos, sino que lo más natural es que acuda a expertos en el campo de la crítica textual. De todas maneras, existen actualmente varias y muy buenas ediciones críticas de estos textos, que facilitan este trabajo. Lo que de todas maneras parece hoy día necesario es que toda traducción de la Biblia se base en los textos originales y no simplemente en otras traducciones (1).

B. Es importante reconocer que el texto de la Biblia no es un texto homogéneo. Ante todo, la Biblia está escrita en diversas lenguas: en hebreo, en arameo y en griego. Además, los textos no proceden todos de un autor, sino de muchos autores; no son todos de la misma época, sino de diversas épocas. Aunque se puede decir que predominan la cultura y la mentalidad semíticas, esta cultura no es algo monolítico, sino que tiene varias formas. En algunos libros se reconocen claramente influjos de otras culturas, por ejemplo la helenística.

Esta heterogeneidad de la Biblia es quizás aún más importante en otro campo: no todas sus partes pertenecen a un mismo género literario. Hay partes narrativas en prosa de muy variadas formas. Hay

textos legislativos, textos exhortativos, textos expositivos; textos proféticos, textos poéticos distribuidos en una gama muy extensa. Esta diversidad de géneros va unida a una diversidad de niveles de lenguaje: no están escritos en el mismo nivel de lenguaje el libro de Isaías y el libro de Rut, el evangelio de Marcos y la carta a los Hebreos. Así se podrían enumerar aún otros tipos de heterogeneidad en ese texto que es para nosotros un libro, la Biblia.

C. El texto de la Biblia es considerado "sagrado" por los cristianos. No tenemos que entender esto de un modo mitológico. Podemos y debemos entenderlo dentro de una teología que reconoce plenamente la autoría humana, no como de simples "instrumentos pasivos", sino en una plena responsabilidad de los autores por su obra. Pero de todas maneras, el traductor de la Biblia sabe que está traduciendo un texto que la Iglesia respeta y venera porque encuentra en él valores del todo especiales y le reconoce un valor normativo que no tienen otros libros.

Todos estos aspectos se podrían resumir en una cualidad que se debe exigir a toda traducción y con mayor razón a toda traducción de la Biblia: la *fidelidad* al texto original en todas sus dimensiones y dentro de las posibilidades permitidas por otras características.

2. El proceso de sustitución de un texto por otro

Las consideraciones anteriores son en cierta manera previas a la traducción misma, son presupuestos que no dependen del traductor, pero que él debe reconocer y respetar.

(1) No se puede excluir la posibilidad de que en ciertos casos especiales (por ejemplo, de traducciones a lenguas indígenas), cuando no se dispone de un equipo de traductores suficientemente preparado, se recurra a otras soluciones y se suplan esas deficiencias de otra manera.

La actividad propia —y también los problemas— del traductor comienzan más adelante, cuando tiene que producir el texto que sustituya al texto original. Tratemos de analizar más en detalle este proceso.

Supuesto que ya tiene el texto original o por lo menos un texto lo más cercano posible al original, ¿qué hace el traductor para producir un texto equivalente en otra lengua? Creo que podemos indicar los siguientes pasos.

A. *La interpretación del texto original.* Obviamente, lo primero que uno tiene que hacer para traducir un texto es entenderlo. Nadie puede traducir lo que no entiende. El primer paso cae, pues, dentro del campo de la interpretación. No es mi intención estudiar aquí desde el punto de vista psicológico o filosófico todo lo que está implicado en el acto de la interpretación. Partamos de una experiencia cotidiana. Todos hemos hecho una triple experiencia: haber entendido bien, haber entendido mal o no haber entendido las palabras de otra persona (o inversamente de haber sido entendidos de esas maneras por otras personas). Indicios de diversa índole nos han permitido comprobar la existencia de esas tres posibilidades. Esta experiencia cotidiana nos muestra que la interpretación de un mensaje hablado o escrito no es algo tan sin problemas ni tan sencillo siempre. La raíz de esta dificultad está en un hecho igualmente claro. Todo mensaje lingüístico no es simplemente la comunicación de un contenido en toda su pureza, sino la comunicación a través de signos, que en nuestro caso son signos lingüísticos. El "contenido" original no puede llegar a los destinatarios sino a través de estos signos. Puede ser que en algunos casos el signo represente el contenido en forma más o menos exacta. Mientras más concreto y más limitado sea el contenido más fácilmente podrá ser

representado con exactitud. Pero de todos modos, es un signo convencional que sólo entiende el que conoce esa convención. Cuando el contenido no se reduce a una simple idea o a algo muy concreto y limitado, sino que es más inmaterial o más vago, lo mismo que cuando representa algo bastante complejo, el signo puede resultar bastante inadecuado para representar ese contenido. Y esto es lo que sucede en la mayor parte de los mensajes hablados y escritos de una cierta longitud: su contenido es enormemente complejo, y por otra parte los signos lingüísticos son bastante inadecuados. De ahí la posibilidad de interpretar mal un mensaje hablado o escrito o simplemente de no poder entenderlo.

Un ejemplo de inadecuación entre el signo y el contenido, que lo demás cae dentro del primer paso de la interpretación, es el caso de la escritura hebrea (y de otras lenguas semíticas). Originalmente sólo se escribían las consonantes; las vocales tenía que adivinarlas (o recordarlas, pues en muchos casos los textos ya eran conocidos oralmente) el lector. Aunque la importancia de las vocales en las lenguas semíticas no es igual a la que tienen en nuestras lenguas romances, de todos modos es claro que un grupo de consonantes puede ser vocalizado de diversas maneras. Es verdad que el contexto limita mucho las posibilidades y que una tradición viva ha conservado la lectura de esos textos, la cual en la Biblia, ha quedado consignada en la vocalización llamada "masorética"; pero de todos modos aparece claro que los signos escritos no son una representación adecuada de su contenido. Esta inadecuación se aumenta por el hecho de que las escrituras antiguas no tenían los signos o elementos gráficos auxiliares que hoy día son corrientes: espacio entre palabra y palabra, entre párrafo y párrafo, diferencias entre mayúsculas y minúsculas, signos de puntuación, títu-

los, anotaciones al pie de la página, etc. Todos estos signos, bien empleados, son una valiosa ayuda para la interpretación de un texto escrito. En su mayoría faltaban en los manuscritos hebreos y griegos antiguos.

De ahí se deduce claramente la primera tarea del traductor: entender correctamente el texto original.

Cuando se trata de un texto escrito en nuestra propia lengua, por un contemporáneo nuestro, las posibilidades de entenderlo son mucho mayores. Puede haber dificultades si el autor no usa apropiadamente la lengua o si el texto no es suficientemente explícito (es decir, presupone conocimientos previos que no posee todo lector). Cuando leemos un texto escrito en castellano antiguo, por consiguiente de una época alejada de nosotros, las dificultades para entenderlo probablemente serán mayores. Encontraremos términos, expresiones, ideas, concepciones, que no nos son familiares. El contexto histórico y cultural no nos son tan inmediatamente asequibles.

Pero cuando se trata de entender un texto escrito en una lengua que no es la nuestra, en épocas tan distintas de la nuestra, por autores que pertenecen a culturas muy diferentes, la dificultad es aún mayor. De ahí que entender un texto como es por ejemplo un texto escrito en hebreo en el siglo VIII a.C. no sea una tarea simple. Esto pone de presente la necesidad de un estudio serio, minucioso y complejo de esos textos. Eso es lo que hace la exégesis. El trabajo de la exégesis bíblica es tratar de entender esos textos. Siendo una tarea tan compleja, es natural que incluya varios y diversos aspectos. Indiquemos los más importantes:

a) *Estudios lexicológicos*: con ayuda de las traducciones antiguas, del origen

(etimología) de las palabras, de su uso en los diversos textos, de la comparación con otras lenguas afines, se ha podido ir precisando cada vez más el "significado" inmediato, más común de cada palabra. El resultado de estos estudios se recoge en los diccionarios y otros estudios especializados. Actualmente el traductor dispone de muchas ayudas de este tipo, pero desafortunadamente muy pocas de buena calidad en castellano. Quedan aún en este campo algunos puntos por dilucidar (sobre todo en el vocabulario hebreo). Un pequeño ejemplo. En Job 6,6 encontramos esta traducción: "en la clara de huevo ¿hay algún gusto? (Biblia de Jerusalén, siguiendo la interpretación del targum). Otros, en vez de "clara de huevo", traducen: "suero de requesón" (Nueva Biblia Española), "mucílago de la altea" (= una planta llamada también malvavisco) (Comentario de los Profesores de la Compañía de Jesús). Como se ve, las diferencias materialmente son considerables. Parece, pues, que el sentido de las palabras hebreas no es claro. No es este el único caso. Con el mejor conocimiento de estas lenguas los estudios lexicológicos harán aún progresos. Sin embargo, se puede decir que ya se conocen estas lenguas tanto como para poder traducir suficientemente bien los textos, de modo que resulten inteligibles al lector moderno.

b) *Estudios gramaticales*. No bastan los conocimientos lexicológicos para entender los textos. Es necesario conocer la estructura gramatical de la lengua, su funcionamiento. De especial importancia es el conocimiento de su sintaxis, que en el caso del hebreo puede ser bastante diferente de la castellana. También en este campo el traductor dispone de muchos estudios de este tipo, recogidos en las gramáticas hebreas y griegas, sobre todo. Esto nos ayuda no sólo a entender cada palabra aisladamente sino en su combinación con las

otras, las frases, los períodos, los grandes conjuntos.

c) *Estudios literarios*. Los textos bíblicos son textos literarios, entendiendo "literatura" en su sentido amplio. No todos tienen el mismo valor como "obras de arte", pero todos tienen características literarias propias que es importante conocer. Es importante reconocer en su naturaleza propia, por ejemplo, los textos poéticos, los narrativos en prosa, los proverbios, etc. Estudios de este tipo existen y en gran número y se hacen actualmente con nuevos enfoques. Todavía hay muchos por descubrir.

d) *Estudios lingüísticos* (en sentido amplio). La ciencia moderna del lenguaje ha ampliado considerablemente las perspectivas en el estudio de un texto. Descubre en el lenguaje, como acto de comunicación humana, una riqueza inmensa. Tratar de descubrir todos los aspectos de ese acto de comunicación es importante para poder hacer una transposición adecuada. ¿Qué es lo que comunica realmente todo mensaje lingüístico? ¿Cuáles son las diversas funciones que desempeña el lenguaje? ¿Cómo se puede analizar un mensaje o un texto para descubrir su "contenido" comunicativo? La lingüística está aún en pleno desarrollo. Muchos de los estudios hechos ya, son de gran valor para la traducción.

e) *Estudios históricos-culturales*. Hemos dicho ya que los libros de la Biblia nacieron en circunstancias histórico-culturales propias. Conocerlas es una ayuda valiosa para la interpretación de los textos. El conocimiento de la historia de Israel y del cristianismo primitivo, de las culturales semítica y helenística, de las instituciones religiosas, sociales, políticas, familiares, en una palabra de esas culturas, es algo muy importante. Es verdad

que el conocimiento de esa cultura en gran parte depende de los mismos textos (o de otros semejantes), pero es ayudado por otros estudios como la arqueología, el arte antiguo, etc. Todos estos testimonios se esclarecen mutuamente.

f) *Estudios teológicos*. El estudio de la Biblia, libro por excelencia religioso, tiene que estar iluminado por la perspectiva teológica. Aunque una traducción no tiene que llegar a precisar cuestiones teológicas que nacen en el texto pero se salen de él, es importante percibir la significación teológica de cada texto, reconocer su origen, que no es igual al de cualquier otro libro profano, captar su finalidad última como testimonio nacido de la fe y dirigido a la fe, reconocer las diferentes perspectivas de cada libro dentro de la unidad superior. Este estudio teológico hace parte integrante y necesaria de una exégesis de la Biblia.

Todos estos estudios en parte están ya realizados y en parte se están realizando, algunos quizás están en estado aún incipiente. El traductor tiene que aprovechar todos los resultados adquiridos. Cada traducción, naturalmente, refleja en gran parte el estado de los estudios exegéticos. Con todas estas ayudas debe el traductor en primer lugar tratar de entender el texto original. En muchos casos llegará a una comprensión más o menos segura. En otros casos encontrará que la exégesis no se ha puesto de acuerdo, que existen varias posibilidades de interpretación, que aún queda un camino por recorrer.

Es claro que el traductor no tiene necesidad de solucionar todos los problemas suscitados por el texto, para poder traducirlo. Es lo que sucede con muchos problemas históricos, teológicos, etc. Así, por ejemplo, el traductor no tiene necesidad de resolver todos los problemas his-

tóricos que suscitan tantos textos narrativos de la Biblia. Tampoco necesita solucionar las cuestiones teológicas que surgen de su lectura. Pero estar al tanto de estas discusiones le servirá para no caer en una trampa: introducir en el texto contenidos que quizás no corresponden a la intención de los autores.

B. La producción de un texto sustitutivo equivalente. Supuesto el primer paso, el entendimiento del texto original, se puede proceder a la producción de un texto sustitutivo, en una lengua distinta de la del original, pero equivalente a aquel. Este paso es, evidentemente, de gran importancia. Aquí se pueden presentar serias dificultades.

El problema surge del siguiente hecho. Cada lengua es un sistema de comunicación que supone toda una serie de experiencias humanas comunes a un grupo o un pueblo o a muchos pueblos, una manera propia de ver la realidad y de expresarla. Las diferentes lenguas no se diferencian simplemente por el hecho de que utilizan diferentes signos fonéticos para representar el mismo contenido. Pongamos un ejemplo de tipo lexicológico. La diferencia entre el hebreo y el castellano no está, en un caso concreto, solamente en que, por ejemplo, para expresar lo que nosotros expresamos con la palabra "hijo" ellos usan otros sonidos ("ben"). Hay otras diferencias. Aunque las dos palabras pueden ser equivalentes en determinados casos, el contenido no es exactamente el mismo. Habrá casos en que "hijo" no es un equivalente real del hebreo "ben". Estas diferencias nacen, a su vez, de un hecho igualmente claro. Cada lengua no utiliza siempre diferentes signos lingüísticos (palabras) para expresar todos los diferentes aspectos de la realidad y de su percepción de ella, de las experiencias humanas. Así, cada palabra suele tener una pluralidad de contenidos

posibles, que no los tiene en cada caso en que es usada, pero los puede tener en diversos casos. Los diccionarios suelen indicar esas diversas "acepciones" de cada palabra. Lo ordinario es que esas diversas acepciones de cada palabra sean propias en cada lengua. En otras palabras, una palabra no se puede traducir siempre por la misma palabra a otra lengua.

Y lo que sucede en el léxico sucede en los demás campos del lenguaje: la gramática, la sintaxis, etc. Cada lengua tiene su estructura propia, su manera propia de funcionar, de expresar los diversos contenidos.

Si las diferencias entre las diversas lenguas fueran sólo fonéticas, la traducción sería sencillísima; sería algo que se podría hacer mecánicamente sin mayor dificultad. No siendo así, el proceso se hace más delicado. Con todo, no hay que exagerar las diferencias. Si las diferencias fueran totales, irreductibles, cualquier traducción sería imposible, así como es imposible "traducir" los colores a sonidos musicales. La experiencia nos muestra que los hombres de diversos lugares, que hablan diversas lenguas, pueden entenderse por medio de traducciones. Y la experiencia nos muestra también que una persona puede aprender otras lenguas además de la suya propia y llegar a hablarlas más o menos bien, dependiendo de diversas circunstancias y condiciones. Al fin y al cabo la naturaleza humana es esencialmente la misma.

En toda expresión lingüística es posible distinguir dos elementos que se complementan: la forma (significante) y el contenido (significado). La forma es el elemento fonético, que en un segundo momento puede ser representado (más o menos exactamente) por escrito, por signos gráficos convencionales. El contenido o significado es todo lo que se quiere de-

cir o expresar, lo que realmente se comunica. Incluye ideas, conceptos, relaciones entre unos y otros, objetos concretos, emociones, deseos, en fin, lo que se comunica o expresa en el lenguaje.

Cuando nosotros tratamos de buscar un mensaje equivalente en otra lengua, encontramos que hay casos en que las dos lenguas expresan los mismos contenidos con formas más o menos semejantes. Es raro que las formas sean totalmente equivalentes. Casi siempre hay algunas diferencias. Y hay algunos casos en que las lenguas, para expresar el mismo contenido, usan formas completamente distintas.

Una traducción puede tratar de reproducir lo más de cerca posible la *forma* del texto original. Tendremos una traducción orientada hacia la *equivalencia formal*. Son las que solemos llamar "traducciones literales". El caso más famoso de traducción bíblica de este tipo es el de la de Aquila (s. II p. C.) quien tradujo el Antiguo Testamento del hebreo al griego en forma tan literal que no tuvo el menor respeto por la gramática y el uso de la lengua griega.

Una traducción basada en la búsqueda de la equivalencia formal puede ser útil para el que quiera conocer la forma del original. Desde luego que para esto es mucho más lógico recurrir directamente al original. Pero como ayuda para el que no domina la lengua original, este tipo de traducción puede ser útil. Muchos comentarios bíblicos utilizan estas traducciones, porque así se pueden entender más fácilmente las referencias al texto original.

Sin embargo, dos graves inconvenientes se presentan con frecuencia en este tipo de traducciones:

a) En ocasiones pueden resultar *ininteligibles*. Cuando, como hemos dicho, las lenguas no usan iguales formas para

expresar el mismo contenido, una traducción "literal" puede resultar incomprendible. Unos ejemplos lo mostrarán.

En Mt 9,15 dice Jesús (traduciendo literalmente) "¿Acaso pueden los hijos de la sala de bodas estar tristes mientras el novio está con ellos?" Ningún lector de habla española puede entender lo que significa la expresión "los hijos de la sala de bodas". Se trata, para nuestra manera de expresarnos, de los amigos del novio.

En Zac 4,14 se habla de "dos hijos del aceite", expresión que en castellano no comunica nada concreto, pero que se usa en hebreo para designar a personas que por una unción (derramando aceite sobre ellos) han sido designados para una misión especial.

Una traducción literal del Salmo 95,11 diría: "Por eso en mi cólera juré: Si entran en mi reposo. . ." Para que un lector ordinario entienda esta frase necesita una larga explicación que le haga ver que se trata de una fórmula de juramento, usada frecuentemente en hebreo y en griego bíblico, en la que se debe suplir mentalmente una segunda parte en que se pide un castigo para el que jura si no cumple el juramento (algo así como nuestra frase popular "que me parta un rayo si hago tal cosa"). Con razón las traducciones modernas generalmente traducen con una frase negativa la fórmula de juramento: "¡No entrarán en mi reposo!".

b) Otro inconveniente que se encuentra con frecuencia en las traducciones literales es el de la falta de naturalidad. Aunque la traducción sea comprensible, con frecuencia el orden, el uso de ciertos términos, las construcciones delatan demasiado claramente otra manera de pensar, otra manera de expresarse, que resulta extraña, poco común, antinatural.

En Mt 21,32 dice Jesús: "vino a vosotros Juan en camino de justicia". Es muy probable que al menos un lector de cierta cultura entienda lo que quiere decir "venir en camino de justicia" (observar una conducta recta, santa, irreprochable), pero ciertamente no es la manera normal para nosotros de expresar esa idea. La expresión nos resulta poco natural.

La mayor parte de las traducciones que se publican pecan más o menos por este capítulo.

Por todo lo dicho se ve claro que la equivalencia formal no es la única ni necesariamente la mejor manera de traducir.

Se puede ver que lo que importa sobre todo en una traducción es buscar la *equivalencia de contenido, de significado*. El que se conserve la misma forma del original o una equivalente puede ser interesante, pero unas veces es imposible y otras es perjudicial: puede impedir la comprensión del texto. En este último caso no ayudaría a la comunicación sino que la impediría.

Lo que llamamos "equivalencia de contenido" debe ser entendido correctamente. El contenido, el significado de un mensaje puede ser más complejo de lo que parece a primera vista. En un mensaje lingüístico se puede distinguir un contenido informativo, que es lo que podríamos llamar la sustancia, la idea básica, lo esencial del mensaje. Es evidente que esto debe conservarse al hacer la sustitución en la traducción. Pero en realidad, en el mensaje puede y suele haber más que esa idea básica, que ese contenido informativo. Puede haber, y de ordinario hay, muchos otros elementos connotados o incluidos referencialmente.

Un ejemplo nos lo aclara. Si yo quiero decir a alguien que me deje pasar por algún sitio, se lo puedo decir de muchas maneras. Puedo decirle, por ejemplo: "¡Quítese de ahí!"; puedo decirle: "¡Déjame pasar!", o también: "¿Me deja pasar, por favor?". o también: "Tendría usted la amabilidad de dejarme pasar?". Y todavía se podrían añadir otras posibilidades. El contenido básico, esencial, es el mismo, pero las connotaciones de cada una de esas frases son muy diferentes.

Por "contenido" o "significado" debemos entender todo lo que realmente está en el mensaje, sea como idea esencial, sea como algo implícito, como elemento connotado o referencial.

El escribir un texto (lo mismo que el hablar oralmente a otras personas) es normalmente un acto de comunicación (aunque la escritura puede utilizarse también para otros fines). Ciertamente esto vale para el caso de los textos de la Biblia. La traducción, al sustituir el mensaje (texto) original por otro en otra lengua, tiene que buscar que sea equivalente por lo menos en el contenido esencial, pero ciertamente debe tratar de reproducir todos los demás elementos que el texto original quería comunicar.

La traducción de textos que contengan solamente ideas abstractas, sin ningún otro contenido (como sería por ejemplo un texto de matemáticas) suele ofrecer pocas dificultades, ya que en tales casos lo único que interesa es la idea escueta. Pero en la mayor parte de los casos el contenido es mucho más rico. La traducción de esos elementos puede ofrecer mayores dificultades. Vamos a fijarnos en algunos casos más importantes.

1) *Los elementos imaginativos*. El lenguaje humano, puesto que nace de la ex-

perencia humana concreta, utiliza con mucha frecuencia como medio comunicativo elementos imaginativos, concretos, tomados del mundo sensible; todo lo que podemos llamar "lenguaje en imágenes": ejemplos concretos, comparaciones, metáforas, simbolismo. Tales imágenes están tomadas, naturalmente, del campo de experiencia que es propio del autor, de su medio, de su cultura. Tales imágenes pueden resultar difíciles de captar para personas de otra cultura, de otra época, y consiguientemente también, difíciles de traducir. Esto ocurre con alguna frecuencia en los textos bíblicos. Muchas de las imágenes las podemos entender sin mayor dificultad, pero otras no nos son familiares.

Un traductor podría adoptar diversas soluciones ante estas dificultades. Una primera solución posible sería la de eliminar las imágenes y sustituirlas por expresiones directas, más fácilmente comprensibles. Por ejemplo, en el Salmo 28,1 el salmista se dirige a Dios y le dice: "... roca mía, no seas sordo a mi voz". Esta imagen de la "roca", que para un hebreo probablemente era muy diciente, quizás no sea tan clara para una persona de otra cultura. Se ve que ya los traductores griegos (los Setenta) encontraron esta dificultad y pusieron "Dios mío" en vez de "roca mía". San Jerónimo tradujo "fortis meus" (mi poderoso), dándole un sentido personal a la imagen. Puede ser que en algún caso la eliminación de la imagen y su sustitución por un equivalente en lenguaje directo (en este caso podría ser, por ejemplo, "protector" o "defensor") sea una solución aconsejable.

Sin embargo, sería un error lamentable el tomar como criterio general de traducción la eliminación sistemática de las imágenes en una traducción. Sería quitar al lenguaje, y sobre todo al lenguaje popular y poético, uno de sus elemen-

tos comunicativos más valiosos. La eliminación de una imagen sólo debiera hacerse en casos muy especiales de dificultad y como último recurso.

Otra posible solución es la de la explicación de la imagen, cuando esta no es suficientemente clara al lector. La explicación de una imagen oscura o desusada puede hacerse en una nota marginal (así lo hacen muchas traducciones) o por medio de una traducción que explicita lo que está implícito en el texto. Por ejemplo, si en vez de la frase dirigida a Dios "roca mía" decimos "mi roca de refugio". Tal traducción explicitaría la imagen sin eliminarla.

Otra solución es la de la sustitución de la imagen desusada por otra imagen más conocida. Para permanecer en el mismo ejemplo, en vez de "roca mía", podríamos traducir "mi baluarte" o "mi fortaleza". Una observación, sin embargo, es importante a este propósito. Puesto que todo texto pertenece a un determinado ambiente histórico y cultural, es necesario respetar ese ambiente. Sería insensato introducir en una traducción imágenes que se salen del ambiente histórico y cultural en que fue escrito el texto. Una imagen de las armas usadas en el siglo I en el mundo romano (como la que encontramos en Ef 6, 10-17) no podría razonablemente ser sustituida por una imagen tomada de las armas del siglo XX. La traducción resultaría ridícula. Algunos intentos de "actualización" del texto llevan a desconocer la historicidad, la pertenencia de la Biblia a una historia concreta.

2) *Elementos sonoros.* En un mensaje, especialmente hablado, pero también en el escrito que está destinado a ser leído en voz alta, se encuentra con frecuencia un elemento muy importante: el elemento sonoro. Este desempeña una función especialmente eficaz en la oratoria, en la

poesía y en el refrán, el proverbio y las frases idiomáticas. En una frase como "Del dicho al hecho hay mucho trecho" hay un elemento de sonoridad (aliteración, rima, número de sílabas, acentos) que hacen que la frase se aprenda y se repita fácilmente. Cualquier buena poesía, antigua o moderna, aprovecha el elemento sonoro, la musicalidad del lenguaje, de acuerdo con las características y las tradiciones de cada lengua (por ejemplo, número determinado de sílabas, diferencia entre sílabas largas y breves, acentos, rima, alteración, etc.) que contribuyen en gran parte a la eficacia del mensaje. Otro tanto hace el orador: no se contenta con exponer ideas; recurre a las posibilidades sonoras del lenguaje para dar mayor fuerza a su discurso.

En todos estos casos la forma y el fondo están íntimamente ligados; la forma hace parte de lo que llamamos el "contenido". No se comunican sólo ideas, sino también impresiones sonoras, que contribuyen poderosamente a la comunicación.

Sin duda, el caso extremo, desde el punto de vista de la traducción, es el "juego de palabras". Una frase intencionalmente ambigua (fonéticamente) como los conocidos versos "Entre el clavel y la rosa Su Majestad escoja (o: es coja)" es intraducible a otras lenguas. En tales casos no queda otro recurso que la nota explicativa.

Todos estos casos presentan un serio problema al traductor. Es casi imposible traducir una buena poesía, que haga uso refinado del material sonoro, a otra lengua, en forma tal que se comunique a la vez el contenido nocional, los elementos visuales tan frecuentemente presentes y también el elemento sonoro, sobre todo si se trata de lenguas muy distintas. Prácticamente lo que se requiere en tales casos es una nueva creación poética. El peligro, naturalmente, está en que se pierda el

contacto con el texto original. Un buen traductor tratará de ver ante todo qué es lo que el texto requiere comunicar, valorará los diversos elementos contenidos en el texto y tratará de reproducirlos en su traducción en la medida de lo posible y según la escala de valores. No se pueden sacrificar los elementos más importantes en favor de los menos importantes. La equivalencia en tales casos no puede ser de tipo servil sino que requiere una creatividad especial, que tenga en cuenta la naturaleza de la lengua receptora.

Por lo que se refiere a la Biblia, se puede decir que ningún escritor bíblico ha escrito literatura sólo por escribir literatura (el arte por el arte) y que la forma nunca está por encima del contenido central. Por otra parte, la poesía bíblica generalmente no utiliza formas de un rigor excesivo, sino bastante libres.

3) *El elemento afectivo.* El lenguaje, como comunicación, no solo comunica nociones, ideas, sino también afectos. El lenguaje hablado dispone de muchos recursos que le son exclusivos, tales como los gestos, los ademanes, el tono de la voz, que dan al mensaje matices muy propios de carácter afectivo, emotivo. Pero no solamente se utilizan esos elementos. La misma estructuración del mensaje puede ya tener muy diferentes posibilidades connotativas, como lo veíamos en el ejemplo de las cuatro maneras (entre muchas otras más) de pedir a otro que lo deje pasar. Percibir tales connotaciones es una de las tareas importantes del intérprete de un texto escrito, y reproducirlas de forma equivalente cae dentro de las exigencias de una buena traducción.

Todo esto se ha dicho a propósito de la norma general de la traducción de que su cometido es producir un texto que sea *equivalente*. Veíamos que la equivalencia que más importaba no era la equivalencia

formal, sino la equivalencia de contenido, pero especificamos que tal equivalencia de contenido debe entenderse correctamente. Con varios autores que han estudiado estos aspectos podemos hablar de "equivalencia dinámica". Una traducción debe tratar de comunicar a sus nuevos lectores (u oyentes) lo mismo que el texto original quiso comunicar a sus lectores originales.

La necesaria brevedad de este artículo no permite que hagamos una exposición de los métodos concretos como se puede llegar a producir ese texto sustitutivo, equivalente. Estos métodos pueden estudiarse en la bibliografía citada al final.

3. La traducción desde el punto de vista de los receptores.

Una traducción no se hace para los mismos receptores para los que fue escrito el texto original. Esto es obvio en el caso de la Biblia. Los destinatarios actuales son personas distintas. Tomemos el caso concreto de una traducción castellana. Se dirige, evidentemente, a personas que actualmente hablan castellano. Pero si nosotros nos fijamos en estas personas, observamos que no se trata de un conjunto homogéneo, perfectamente unitario. Desde luego hay muchas diferencias que no son pertinentes, que son irrelevantes. Pero por lo que se requiere al uso de la lengua hay dos diferencias que son importantes: las diferencias geográficas y las diferencias de niveles culturales.

A. Las diferencias geográficas. Siendo la lengua castellana una lengua tan difundida geográficamente, es apenas natural que haya diferencias lingüísticas que coincidan con el factor geográfico. En muchas lenguas estas diferencias se han desarrollado en lo que se llaman los "dialectos". Tales dialectos existen en el castellano hablado en España. En las diversas regiones

de América hay también diferencias, aunque tal vez no se puedan llamar verdaderos dialectos. Desde un punto de vista teórico se podría pensar que lo ideal sería hacer traducciones de la Biblia propias para cada región lingüística. El concepto de "región lingüística" naturalmente es muy flexible y puede referirse a grupos de países, países, regiones dentro de un país. Tales traducciones "regionales" tendrían la ventaja de ser más directamente comunicativas a sus destinatarios. Por eso, en algunos países más grandes y con mayores posibilidades se han hecho ya adaptaciones de los textos bíblicos utilizados en la liturgia.

Desde el punto de vista práctico, tal cosa resulta difícil de realizar. No todas las regiones disponen del equipo especializado necesario ni de las posibilidades económicas de hacer ediciones pequeñas. Por otra parte, se pueden aducir otras razones a favor de tener textos comunes.

En el momento actual ha aparecido útil sobre todo hacer una distinción entre dos tipos de traducciones, las destinadas a España y las destinadas a Hispanoamérica. Por una parte, aunque es verdad que hay diferencias lingüísticas regionales dentro de Hispanoamérica, hay muchos elementos comunes que permiten hacer un texto común, y por otra hay diferencias comunes respecto de España como para justificar esta distinción.

Así, mientras las traducciones antiguas de la Biblia estaban todas hechas o para España o siguiendo como norma el uso del castellano propio de España, en los últimos años han aparecido varias traducciones hechas especialmente teniendo en cuenta los usos lingüísticos de Hispanoamérica. Tales son: el Nuevo Testamento publicado por las Sociedades Bíblicas Unidas ("Dios llega al hombre" 1966); la llamada "Biblia Latinoamericana" (Chile

1972); la Antigua Alianza - La Nueva Alianza (Buenos Aires 1968ss, en publicación); la Nueva Biblia Española, edición latinoamericana (Madrid 1976); y próximamente aparecerá una Biblia completa publicada por las Sociedades Bíblicas Unidas que incluye una revisión de "Dios llega al hombre" y tendrá el título "Dios habla hoy".

Estas traducciones o adaptaciones están dirigidas especialmente a lectores de Hispanoamérica y utilizan el castellano que se habla en estos países. Se puede decir que la principal diferencia y la más notoria es la sustitución del "vosotros" por el "ustedes" (con sus formas correspondientes). Es un hecho que en toda Hispanoamérica el "vosotros" ha desaparecido del uso corriente. Otras diferencias de vocabulario, de formas gramaticales o de fraseología son menos notorias, pero también existen.

La mayor parte de estas traducciones han evitado los regionalismos y han buscado un uso que pueda ser aceptado sin dificultad en toda Hispanoamérica.

B. *Los diversos niveles de lenguaje.* En el caso de una lengua como el castellano, hablado por grupos humanos tan grandes y tan diversificados, no solamente desde el punto de vista geográfico sino también social y cultural, la lengua tiene una gama de usos muy extensa. Se puede hablar de diversos "niveles de lenguaje", que dependen principalmente de las diversidades socio-culturales. No usan exactamente el mismo tipo de lengua el profesor universitario, el ama de casa, el empleado de clase media, el obrero, el campesino.

Por otra parte, no se usa el mismo lenguaje cuando se escribe y cuando se habla, cuando se habla en público y cuando se está en una conversación privada.

La mayor parte de las traducciones españolas usan un lenguaje que podríamos calificar de literario; suponen un lector de cultura relativamente elevada, utilizan frecuentes términos técnicos, un vocabulario a veces bastante escogido, construcciones poco usuales. Sin embargo, la traducción del Nuevo Testamento "Dios llega al hombre" (y la Biblia entera "Dios habla hoy" de próxima aparición) expresamente se llama "versión popular". Este tipo de traducción ha constituido una novedad que ha sido bien acogida, y creo que vale la pena detenernos a ver más despacio algunos aspectos de este tipo de traducciones "populares".

Cuando se hace una traducción de la Biblia, es necesario escoger un determinado nivel literario. Aunque teóricamente se podría pensar en una traducción que reflejara exactamente los niveles literarios del original, de manera que fuera, por ejemplo, de nivel alto en Isaías, Job, la Carta a los Hebreos, descendiera en cambio a un nivel popular en el Evangelio de Marcos, el Apocalipsis, etc. Sin embargo, tal principio obligaría al traductor a procedimientos bastante artificiales y al fin y al cabo resultaría siendo una traducción que sólo el lector de nivel cultural alto podría entender en su totalidad. Un texto que de hecho es heterogéneo, como es el de la Biblia, al ser convertido por el uso de la Iglesia en *un libro*, ha adquirido un cierto tipo de homogeneidad. Esto es cierto con mayor razón aún cuando el libro es traducido a otra lengua. Lo mismo pasa con otras diferencias, como son las diferencias entre el hebreo y el griego y las diferencias entre las diversas fases históricas de cada lengua. Una traducción no tiene por qué reflejar el hecho de que unas partes de la Biblia están traducidas del hebreo y otras del griego, o que unas partes fueron escritas en hebreo clásico y otras en hebreo tardío. Todas estas infor-

maciones se le pueden dar al lector en otra parte.

Existiendo, por otra parte, ya buenas traducciones castellanas de un nivel literario elevado, parecería perfectamente justificado, más aún, necesario, hacer una traducción que estuviera dirigida a otros niveles de tipo más popular. Pero tratemos de precisar qué se entiende en estos casos por "traducción popular".

Ante todo no se trata de utilizar el lenguaje que se habla en la conservación ordinaria, al menos como norma general. Debemos recordar que incluso los libros que más se podrían prestar a este tipo de traducción, como son los libros narrativos (por ejemplo, los Evangelios) no fueron escritos como simples narraciones que quisieran reproducir las experiencias de la vida diaria; eran realmente catequesis narrativas. Por eso un lenguaje natural y sencillo, pero que guarde cierta dignidad, cuadra perfectamente con su origen y su finalidad. Toda persona, incluso las de cultura poco elevada, está en capacidad de entender una gama mucho más amplia de la que utiliza al hablar.

Mucho menos se trataría de utilizar un lenguaje que fuera considerado como vulgar o no aceptable. Otro tanto se puede decir de lo que se suele llamar la "corrección gramatical y estilística". Sin necesidad de caer en el refinamiento o la pedería, es preferible que una traducción de la Biblia use un lenguaje "correcto", es decir, aceptado por los buenos escritores.

Lo que una traducción de la Biblia que pretenda ser de tipo "popular" debe buscar ante todo es que sea asequible al mayor número posible de personas; no solamente a las de cultura elevada, sino también a las de niveles más populares. Para esto, lo que debe buscar no es necesariamente el uso del lenguaje coloquial (que

no siempre es el más claro), sino la sencillez y la claridad. La mayoría de las cosas se pueden decir de muchas maneras: de manera complicada y oscura o de manera sencilla y clara. Si una traducción de la Biblia quiere realmente comunicar el mensaje al mayor número posible de personas, deberá buscar la claridad, la inteligibilidad.

Dos consideraciones refuerzan esta exigencia. En primer lugar, el lector ordinario, que no es especialista ni un estudiante crítico, no está acostumbrado a leer muchas notas en letra menuda, en que se le explique lo que él no entiende en el texto. Esto es aún más cierto en el caso de los lectores con poca experiencia literaria. Es preferible darles un texto claro a tener que explicárselo en una nota impresa en letra pequeñita que él a duras penas puede leer.

En segundo lugar, muchas veces la Biblia se lee en voz alta para otras personas. Este tipo de traducciones, destinadas a la lectura pública, debería tener más en cuenta las características de tal lectura. Ante todo, si el lector no tiene mucha experiencia, fácilmente tropieza en palabras raras, desconocidas para él, en construcciones poco usuales, extrañas. El resultado será una mala lectura, que hará aún más difícil la inteligencia del texto. Pero aun suponiendo que el lector lea bien, de todas maneras lo ordinario es que él no se detenga a leer las notas explicativas; no podrá hacer pausas para pensar y estudiar más detenidamente el texto, no podrá repetir lo leído hasta entenderlo, no podrá parar para consultar un diccionario o comentario o preguntar a otra persona. Una traducción sencilla y clara será fácil de leer y fácil de entender para el que la escucha. Esta es, en realidad, la primera característica de una traducción "popular": su fácil inteligibilidad.

¿Cómo se logra esta fácil inteligibilidad de un texto? Ante todo en la selección del *vocabulario*. En las lenguas de gran desarrollo literario, y en general en todas las lenguas, aunque en diversos campos, existe un vocabulario muy amplio y variado, desde el vocabulario común, que todos entienden, hasta el vocabulario superespecializado, que sólo los peritos conocen. Con frecuencia una cosa puede decirse de diferentes maneras, con un vocabulario técnico, difícil de entender, y con un vocabulario común, asequible a todos o a un número bastante grande. Es verdad, sin embargo, que el vocabulario técnico en muchos casos es más breve, y es cierto, además, que muchos términos técnicos se hacen fácilmente del dominio público, de modo que su sustitución por otros o resultaría muy impreciso o llevaría a rodeos explicativos demasiado engorrosos.

Un caso de este tipo, a veces difícil de resolver, es el de ciertos términos técnicos del lenguaje religioso, derivados del lenguaje bíblico tradicional, como *profeta, mesías, apóstol, iglesia, gracia, justificación, bautismo*, etc. Algunos de ellos ya en los textos originales eran usados como términos técnicos, con un sentido bastante preciso. Pero en otros casos, es el uso cristiano posterior el que los ha convertido en términos técnicos. Un peligro en el uso de tales términos en una traducción es que se introduzcan ideas y concepciones que no corresponden exactamente al sentido del original sino a la teología posterior. Una mirada fresca a estas palabras, que trate de situarse en las condiciones originales, puede llevar a nuevas formulaciones que ayuden a captar mejor su contenido propio. Sin embargo, cada caso debe ser considerado por separado, y no se puede tomar como norma general el evitar toda clase de términos técnicos.

En segundo lugar tiene importancia la *sintaxis*. Una lengua como el castellano tiene muchas posibilidades de construir frases. Algunas resultan decididamente más claras que otras. Esto no es necesario llevarlo hasta el extremo de construir siempre las frases como si el texto estuviera destinado a aprendices de castellano. Aquí entra otro elemento que hay que tener en cuenta: la *naturalidad*. Hay ciertas maneras de expresarse, que aunque sean claras, no son naturales. La gente no habla ni escribe así.

Un tercer punto que puede facilitar grandemente la comprensión de un texto es el *hacer explícito* lo que en el texto original está apenas implícito. Veamos un ejemplo. Mc 6,14 traducido por la Biblia de Jerusalén dice así: "Llegó a enterarse el rey Herodes, pues su nombre se había hecho célebre". Casi inevitablemente el lector entenderá que "su nombre" se refiere al rey Herodes, pues no hay ningún otro antecedente en ese párrafo. Una de las palabras más ambiguas en todas las lenguas es el pronombre. Puede referirse a muchos antecedentes, puede representar a muchos nombres. El posesivo castellano "su" es todavía mucho más ambiguo, pues puede referirse a él, ella, ello, ellos, ellas, usted, ustedes. Naturalmente que en muchos casos, si el lector lee todo el contexto cuidadosamente, podrá determinar con mayor o menor facilidad a cuál de los antecedentes se refiere. Pero en una traducción "popular" esta dificultad puede obviarse desde el principio si se explicita el antecedente, haciendo claro lo que en el texto está implícito. Esto se puede aplicar a muy diversos casos.

Tal tipo de explicitación puede parecer a algunos, acostumbrados a traducciones más literales, una adición al texto. Desde luego hay que distinguir entre paráfrasis y explicitación. No se trata de hacer pará-

frasis, de incluir comentarios en el texto, de ampliar el texto arbitrariamente. Se trata sólo de hacer explícito lo que está implícito en el texto, y esto sólo en la medida en que la inteligibilidad del texto lo requiera.

Con frecuencia se objeta que tal tipo de traducciones no es realmente una traducción sino una "interpretación". Como lo habíamos dicho, toda traducción tiene que hacerse sobre la base de una interpretación del texto original. Una traducción que se hiciera sin haber interpretado el texto original no sería realmente una traducción. El problema, pues, no está en que sea una "interpretación"; el problema puede estar en que sea una mala interpretación. Por eso hemos dicho que la traducción supone como algo previo el trabajo de una exégesis cuidadosa.

En algunos casos, sin embargo, las explicitaciones pueden poner de presente otro problema: la existencia de una verdadera, no solo aparente ambigüedad en el texto original; una ambigüedad para nosotros, que ya no estamos en capacidad de determinar cuál es el sentido original del texto. No nos referimos aquí a los casos en que el autor quiso dejar ambiguo su pensamiento. Esto no es lo ordinario. Los casos de ambigüedad intencional no son frecuentes. Nos referimos a los casos en que, aunque el autor quiso expresar algo determinado, no lo hizo en forma tal que resulte claro a los lectores. En tales casos hay dos posibles caminos: conservar (si es posible) la ambigüedad en la traducción, dejando al lector el problema de la interpretación, añadiendo quizás una nota en que se explique más detalladamente el problema y las posibles interpretaciones. Es la solución que siguen muchas traducciones. Otros traductores, en cambio, (y es lo que parece más aconsejable en las traducciones de tipo popular) prefieren escoger la interpretación que parezca más

probable y expresarla claramente en la traducción, añadiendo en nota la otra interpretación posible (o las otras, si es el caso).

En pocas palabras, una traducción popular debe tender a hacer lo más fácilmente asequible que sea posible la captación del mensaje. No podrá evitar ciertos términos técnicos, no eliminará los problemas históricos o teológicos, no reducirá todos los textos a un solo tipo, no limitará artificialmente el vocabulario a cierto número de palabras determinado a priori. En síntesis, no tratará de suprimir nada de lo que realmente, en forma significativa, esté contenido en el texto original. Pero tratará de hacer más fácilmente captable el mensaje, aun para aquellos que no están en el lugar más alto en la escala cultural.

Hay que decir muy claramente, sin embargo, que ninguna traducción de la Biblia, por clara y comprensible que sea, exime de los demás aspectos que constituyen la acción evangelizadora de la Iglesia: el testimonio personal, la vida de culto, la enseñanza complementaria, el estudio cuidadoso de los textos. La Biblia no es un libro para ser leído en forma puramente privada e individualista; es un testimonio destinado a suscitar una respuesta, la respuesta de la fe, que debe ser vida en una comunidad, la Iglesia.

Por último, no hay que olvidar un factor importante. Una traducción, por asequible que sea desde el punto de vista lingüístico, no podrá llegar realmente al pueblo si no se encuentra disponible en ediciones que estén al alcance de las personas de escasos recursos económicos: de los obreros, de la clase media, de los estudiantes, de los campesinos. Por esto, merecen todo apoyo las instituciones que se dedican a hacer asequible, en todos los niveles, la Palabra de Dios.

NOTA BIBLIOGRAFICA

Para las personas deseosas de tener más información acerca de los principios lingüísticos involucrados y de los métodos prácticos de la traducción, especialmente de las traducciones populares de la Biblia, recomendamos la siguiente bibliografía selecta, en la cual se encontrarán citadas muchas más obras:

G. MOUNIN, *Les problèmes théoriques de la traduction*. París 1963.

E. A. NIDA, *Toward a Science of Translating*. Leiden 1964.

W. L. WONDERLY, *Bible Translations for Popular Use*. Ann Arbor 1968.

E. A. NIDA y CH. R. TABER, *The Theory and Practice of Translation*. Leiden 1969.

C. BUSSETTI, *La parola tradotta. Aspetti linguistici, ermeneutici e teologici della traduzione della Sacra Scrittura*. Brescia 1973 (Trad. española: *Traducir la Palabra*. Estella 1978).

L. ALONSO SCHOEKEL y E. ZURRO, *La traducción bíblica: Lingüística y estilística*, Madrid 1977.